

en el Hospital Real de esta villa con sus asociados y varias personas eclesiásticas y seculares que acudieron á presenciar el acto, compareció en hábitos clericales el reo D. Miguel Hidalgo y Costilla en el parage destinado para pronunciar y hacerle saber la precedente sentencia; y despues de habérsele quitado las prisiones y quedado libre, los eclesiásticos destinados para el efecto le revistieron de todos los ornamentos de su orden presbiteral de color encarnado, y el Sr. juez pasó á ocupar la silla que en lugar conveniente le estaba preparada, revestido de amito, alba, cingulo, estola y capa pluvial, é inclinado al pueblo, y acompañándole el juez secular, teniente coronel D. Manuel Salcedo, gobernador de Tejas, puesto de rodillas el reo ante el referido comisionado, este manifestó al pueblo la causa de su degradacion, y en seguida pronunció contra él la sentencia anterior, y concluida su lectura procedió á desnudarlo de todos los ornamentos de su orden, empezando por el último, y descendiendo gradualmente hasta el primero en la forma que prescribe el Pontifical Romano; y despues de haber intercedido por el reo con la mayor instancia y encarecimiento ante el juez real para que se le mitigase la pena, no imponiéndole la de muerte, ni mutilacion de miembros, los ministros de la curia seglar recibieron bajo su custodia al citado reo ya degradado, llevándolo consigo, y firmaron esta diligencia el Sr. delegado, con sus compañeros, de que doy fé.—*Fernandez Valentin.—José Mateo Sanchez Alvarez.—Fr. José Tarraga*, guardian.—*Juan Francisco Garcia*.—Ante mí.—*Fr. José María Rojas*.

Tal fué la farsa eclesiástica que contra todo derecho vió por primera vez la villa de Chihuahua, no de otro modo que México la del desgraciado general Morelos en 1815, de que hablamos en el Centzontli núm. 1.º Ceremonias tan augustas y tremendas para el que las ve con ojos de piedad y religion, se hacen ridículas cuando se ejecutan por jueces incompetentes, y atropellando todos los trámites del derecho, desoyendo al reo, y obrando de un modo cerebrino, ridículo y caprichoso. ¡Y ceerá el gobierno español que respetó los cánones de la Iglesia y se cubrió con su egida?... Ah! que ni aun salvó las apariencias de

él † y se puso en ridículo aun para los indios apaches y bárbaros confinantes con los lugares de esta escena. ¿Sabe V., amigo mio, lo que me parece el Dr. Valentin cuando dizque intercedió con el juez militar para que le suavizase la pena al cura Hidalgo? lo que un padre cuando lleva á un hijo faltista á la escuela; el muchacho teme la entrega al maestro; pero el padre en el acto de entregarlo le dice, (guiñándole el ojo) no lo azote V.;... es decir, si le habia de aplicar media docena, déle una ó dos. Los efectos benéficos de esta súplica, fueron no dispararle al cura Hidalgo sobre la cabeza para *conservarla y llevar su calavera* á Guanajuato, sino sobre la caja del cuerpo; así es que al infeliz hombre le descargaron como á perro rabioso tirado sobre el suelo, un diluvio de balas... He aquí la caridad del gran *Nemesio Salcedo*; he aquí los efectos de la intercesion del Dr. Valentin. Digámoslo mejor; he aquí la rábia infernal desatada contra esta infeliz víctima; he aquí una venganza cruel, meditada y calculada á sangre fria... ¡Españoles: no lamenteis la pérdida de estos deliciosos paises! Sembrásteis llanto, y cogisteis llanto. ¡De qué os quejais, cuando despues de tantos desafueros aun teneis lugar en nuestra sociedad? Buscad hombres mas generosos que os trataran como nosotros despues de una tan larga serie de ultrajes, y de que los hechos de esta horrenda atrocidad están todavía frescos. Si, aun humea la sangre de Hidalgo... aun lloran sus feligreses la pérdida de su buen párroco; todavía las ciencias se lamentan de esta desgracia que les llevó á un hijo muy querido... la juventud no enjuga sus lágrimas cuando recuerda la memoria de un director el mas eficaz, y el que mejor supo conducirla en la carrera literaria.

Réstanos ya hablar del tribunal que conoció en la causa del cura Hidalgo. Compúsose este famoso Sanhedrin Hispano-Ju-

† En toda la causa no se lee ni un escrito de defensa del cura Hidalgo ni se le nombró defensor ni él por sí mismo lo hizo, ni aun por mera ceremonia se dió este paso esencialísimo; alteróse el orden judicial, el caso era hacerlo morir cuanto antes, teniase sed devoradora de su sangre... ¡Qué caro os ha costado, españoles, esta crueldad... perder la tierra, y pasar de dominadores de ella á huéspedes y allegadizos.

dáico del teniente coronel y gobernador de Tejas D. Manuel Salcedo, y de los vocales teniente coronel D. Pedro Nolasco Carrasco, capitanes D. José Joaquín Ugarte, D. Simón Elías González y otros oficiales subalternos, sobre los que tenía un inmediato influjo y ascendiente D. Nemesio Salcedo. En la formación de la causa no solo intervino el citado D. Ángel Abella, que entonces se hallaba de emigrado en Chihuahua, sino D. Juan Ruiz de Bustamante, vecino de la misma villa. La sentencia se ejecutó al tercero día de haberse verificado la llamada degradación y consignándose Hidalgo á la jurisdicción militar; consignación ridícula é inútil, pues desde un principio estuvo á disposición de Salcedo el reo.

Por fortuna de este halló en la persona de D. Melchor Huaspe, español, que hizo de alcaide, un hombre lleno de bondad que le trató con la que no esperaba Salcedo, y por lo que lo puso bajo su custodia, prometiéndose que con la aspereza de su trato le aumentaría sus padecimientos. Hidalgo, que como hombre sabio preveía su fin, se preparó con tiempo para morir y se puso bajo la dirección espiritual del P. F. José María Rojas, guadalupano de Zacatecas, americano sabio y que supo proporcionarle mil consuelos. Intimada la sentencia, la oyó Hidalgo con tranquilidad, y con la misma se mantuvo hasta los momentos de morir. La mañana de su ejecución notó que en el desayuno le habían puesto en el vaso ménos cantidad de leche que solían y acostumbraba tomar; mandó que se lo llenasen, y dijo que no porque era la última debía beber ménos. . . . Al tiempo de marchar para el patíbulo se acordó de que bajo la almohada de su cama dejaba unos dulces, y revolvió por ellos y los distribuyó entre los soldados que le iban á disparar: estos titubearon mucho para decidirse á hacerle fuego; ah! era un sacerdote, y á los de su estado siempre se les había mirado con la mas alta consideración, ni había allí memoria de que se hubiese ejecutado otro ministro del santuario: por otra parte, aquel hombre imponía aun en el estado de abatimiento á que lo había conducido la desgracia. . . . Murió hundido en una laguna: formidó con su aspecto al enemigo que quería quitarle la vida: en los lineamentos de su

rostro habia un no se qué de noble, de magestuoso y respetable que sin querer recordaba todas las acciones maravillosas de aquel hombre extraordinario. Puesto en el suplicio, y con orden de conservar la cabeza de Hidalgo para trasladarla en triunfo á Guanajuato, descargaron un diluvio de balas sobre su cuerpo, y por tanto le dieron una muerte cruentísima. . . .

Verificóse este acto detras del hospital militar de la villa de Chihuahua, donde se mantuvo en prisiones con grillos y mucha custodia. . . . ¡Españoles y americanos! yo os convido en este instante á que presenciéis este espectáculo, espectáculo funesto ¡vive Dios! Yo tomo las palabras de Marco Antonio, á vista del cadáver de César y de su manto ensangrentado, y os digo. . . . Veis aquí lo que nos resta del mas denodado hombre que produjo el Anáhuac! ¡Mirad á ese génio vengador de los ultrajes de tres centurias de años, y sobre cuya cabeza giran los manes de Moctheuzoma y de Quauhtimotzin contemplándolo atónitos!. . . . ¡Mirad al que idolatrábais, y á quien respetaban postrados sus mismos enemigos! Veis al que fué vuestro apoyo ¡ó mexicanos! el honor de vuestra especie, la gloria de Michoacán, el padre mas amante del pueblo de Dolores, el protector de la industria, el maestro de la juventud, y el que una hora ántes hacia temblar á sus mismos enemigos. . . . El yace cadáver; pero de su cárdena boca y de su mismo silencio salen los mas enérgicos discursos que os llaman y excitan á la venganza. . . . Consumad (os dice) la obra que comencé y que sellé con mi sangre. . . . Dí por vosotros mi fortuna, mi libertad y mi vida: no os mantengais frios espectadores de mi desgracia; y cuando algun dia disfruteis de las delicias de una libertad é independencia regulada por la razon, en medio de vuestra alegría lanzad un suspiro por aquel anciano Hidalgo que os proporcionó tan inefables bienes. . . .

¡Españoles! He aquí vuestro triunfo; pero no os envanezcáis; escrito está. . . . *La gloria del malo será efímera*; Hidalgo arrancará de vuestras manos la presa que teniais aferrada; de sus cenizas saldrán terribles vengadores; perdereis esta que llamábais vuestra herencia; vuestro nombre se transmitirá á las edades cargado de anatemas, tal será el término de vuestra crueldad, tal, en fin, de

vuestras agresiones injustas sobre pueblos pacíficos y que en nada os dieron queja. Toca á la historia, no solo relatar los hechos con verdad é imparcialidad, sino además trazar el retrato de los personajes, cuyas acciones refiere. El de los héroes los forma el tegido y narracion de los sucesos, y por este principio me deberia creer dispensado de trazar el de D. Miguel Hidalgo; sin embargo, daré unas brochadas con mano torpe en este Cuadro, y dejaré á la posteridad materia copiosa para que lo retoque, tache ó borre.

El cura Hidalgo poseyó las ciencias que se enseñaban en sus dias, y se distinguió principalmente en historia eclesiástica; su erudicion era tan copiosa como amena y divertida: su aplicacion á la economía política la manifestó desde el colegio seminario de Valladolid, de que fué rector, y la desarrolló cuando fué cura en la villa de S. Felipe y congregacion de Dolores. Muy fácil cosa era para un viagero entender que aquellos lugares estaban regidos por un hombre de cabeza, pues la escoleta de música de sus amados indios, y los talleres de loza y tejidos, bien denotaban que allí habia un génio superior consagrado á causar la dicha de los infelices; si Hidalgo supo conducir á los niños, supo igualmente manejar á los feligreses y ganarles el corazon por la via de la dulzura y de los beneficios. Este era aquel párroco gloria de *Nortanthon*, quiero decir, otro *Hervey*, cuya descripcion nos hizo *Le-Torneur* en estas preciosas palabras.... „Yo no conocia (dice) sobre la tierra una dignidad mas respetable que la de un cura, que va á llevar una razon sana y un corazon sensible á un corto número de hogares, que fija en medio de ellos el domicilio de su vida, que adopta estas familias de trabajadores, que vive y se divierte con ellos como un padre con sus hijos. El los junta en ciertos dias señalados para conversarles é instruirlos acerca del Dios que fecunda sus campos y los llena de beneficios. Humilla su génio y pasa al estilo mas humilde de sus feligreses las ideas mas altas, ó los principios mas abstractos de la moral y de la religion. Los enseña á conocer la felicidad de su condicion pacífica, y á no envidiar las agitadas fortunas de los poblados. Alegra á la madre de familias acariciando blanda-

mente á su jóven hijo: al robusto lo anima para que trabaje, haciéndole ver la indigencia de su decrepito padre, cuyos dias de reposo ya han venido. Se pasea con el viejo en la estacion de los bellos dias y le habla tranquilamente de la muerte á la sombra del antiguo árbol que aun verdeguéa: allana al moribundo la entrada al sepulcro y lo consuela en el peligroso término de sus dolores y enfermedades.”

Tal era el papel que representaba el inmortal Hidalgo en su pueblo de Dolores. Lloraba en él de tiempos atrás la esclavitud de su nacion, y á proporcion de sus luces en la política, conocia sus derechos ultrajados, y ansiaba por el momento de su redencion. Era á la verdad insufrible el yugo que gravitaba sobre nuestros cuellos, é insoportable la tiranía del gobierno español, y de aquellos mandarines osados, que llamaban á las Américas *nuestras Indias*, y á sus hijos *nuestros vasallos*.... Estas eran las disposiciones que tenia cuando dió la voz de independencia; pronunciamiento terrible, salido esclusivamente de su boca, y que nada le contuvo para ejecutarlo en el instante. D. Juan Aldama dijo en una de sus declaraciones.... que cuando llegó á la casa del cura Hidalgo, instruido éste de lo que ocurría en Querétaro, les dijo á todos.... *Caballeros, somos perdidos; aquí no hay mas recurso que ir á cojer gachupines*; á que le respondió Aldama: Señor, ¿qué vá V. á hacer? ... por amor de Dios que vea lo que hace, y se lo repitió dos veces: que se dirigieron entonces para la cárcel y el mismo cura obligó al alcaide á que echase los presos fuera; (ya hemos visto que lo amenazó con una pistola). Esta prueba inequívoca de su valor, y de un valor desesperado, muestra muy bien que su carácter era firme, resuelto y denonado. No obstante, preciso es confesarlo, tan bellas disposiciones las deturpó con diversos rasgos de crueldad: los asesinatos cometidos á sangre fria en Valladolid y Guadalajara, denotan que en su corazon habia un depósito de ódio, tal vez concebido desde que vió que su feligresía quedó reducida á la miseria por la bárbara disposicion de que no elaborasen vinos con el producto de sus viñas que formaban la riqueza del pueblo de Dolores; ya lo he indicado en la primera carta de este Cuadro, página 21.

Acosado por los españoles, y no esperando hallar del gobierno partido razonable, dió vuelo á la venganza, mostróse duro y cruel aun entre los que lo rodeaban, y se hizo insufrible al mismo Allende, jóven brioso y terrible en la campaña; pero dulce y clemente en los instantes de calma y sangre fria: llegó éste á querer deshacerse de Hidalgo por un veneno, porque le eran insufribles sus decretos de proscripcion; así consta en la causa, y tambien es preciso confesar con dolor estos hechos; las resoluciones de Hidalgo en esta parte eran tan terribles como el *moriendum est* de Octaviano Augusto. Hidalgo hizo mucho, pero pudo haber hecho mas; si hubiera tenido el carácter de aquel MORELOS que sacaba oro del mismo estiércol, la América habria conseguido su independencia á vuelta de seis meses, economizándose mucha sangre; pero la ciencia de las revoluciones no se aprende en los libros de las escuelas de los teólogos, sino sobre los escombros y cenizas de los pueblos; es ciencia que no entra por teorías ni silogismos, sino por esperiencia de desastres dolorosos é irremediables. Los restos venerandos de Hidalgo aguardan el pavoroso grito de la resurreccion en la capilla de la Tercera Orden de S. Francisco de la villa de Chihuahua, villa que á pesar de la opresion en que vivia, mostró su pena, aunque con encogimiento, por la pérdida del patriarca de su libertad.

SEMBLANZA DE HIDALGO.

Era Hidalgo bien agestado, de cuerpo regular, trigueño, ojos vivos, voz dulce, conversacion amena, obsequioso y complaciente: no afectaba sabiduría; pero muy luego se conocia que era hijo de las ciencias: era fogoso, emprendedor, y á la vez arrebatado. La Botánica y la Poesía han perpetuado la memoria de este hombre extraordinario, y yo creo de mi obligacion recojer estas producciones como otras tantas flores que á nombre de mi pátria esparza sobre su sepulcro.

Iba á poner término á esta relacion indispensable con la poesía con que concluirá esta, cuando me pareció conducente á la historia poner por suplemento á aquella relacion de desdichas, las que pasaron en su prision los compañeros de armas de aquel

gefe. Tengo á la vista una memoria de los que se vieron á punto de perecer en Baján, pues su autor fué prisionero y salvó maravillosamente, la cual á la letra dice así: „El 21 de marzo fué la prision de los generales en las Norias de Baján. El saqueo fué tal, que á muchos los dejaron como los parió su madre, sin escaparse por pudor ni el bello sexo. Distinguíéronse en este procedimiento los indios comanches que venian mezclados con la tropa de Elizondo, los que despues de hacer el despojo de la ropa asesinaban á los prisioneros. En la noche de este dia fueron conducidos parte de estos que quedaron, y la artillería á Monclova; serian las seis de la tarde cuando con ella se hizo una gran salva acompañada de desaforada grita que decia. . . . Viva Fernando VII y mueran los insurgentes. Los generales fueron de allí pasados á una casa que se les tenia dispuesta para su prision, y de ella salieron al tercero dia para Chihuahua. Los demas prisioneros continuaron su marcha hasta el hospital, donde se reunieron con los otros de la noche anterior. La habitacion era reducidísima; y así es que para que cupieran fué necesario que todos se acomodaran parados pecho con espalda, en términos que no podian ni reclinarse; porque para descansar era necesario que se apoyara uno sobre otro. Ademas de esta incomodidad se seguia la de las pulgas que era insufrible; tal vez estaria ménos molesta una zaurda de cochinos. El dia que amanecimos allí, suplicamos á los soldados que nos diesen agua para que se nos mitigase un tanto la hambre, pues desde la mañana en que fuimos prisioneros no comimos; pero aun este socorro se nos negó á pesar de correr el agua á distancia de tiro de pistola; respondieron que no tenian orden de su comandante, ni paró en esto su dureza. Algunos de nosotros lograron por fortuna salvar una que otra prendecilla y dinero: dierónselas para que á trueque de aquellas les trajesen pan ó tortillas de la villa, ó cualesquiera otro alimento; pero se lo cogieron todo desapiadadamente, y por diligencias que hicimos del comandante, nada se nos devolvió. Por último, el segundo dia se dispuso que allí nos hicieran un rancho; efectivamente, se trajeron reses, su carne se puso á cocer en peroles: no habia sal con que condimentarla, y su-

plieron por ella tequesquite, mezcláronle maiz, y hé aquí un pozóle que ni para cerdos; el efecto que produjo despues de un sabor pésimo fué el de una purga; llamonos pronto la gana de evacuar el vientre en gran cantidad, ¿pero dónde hacer esta apesotosa operacion? Allí mismo, y henos aquí habitantes en un lago de escremento humano; por tanto llegamos á familiarizarnos con él: ¿de qué no es capaz el hombre puesto en el conflicto de ejecutar alguna cosa? Nuestros verdugos no nos permitieron que siquiera entrara el aire para disipar un tanto aquella intolerable fetidez, nuevo y esquisito martirio.

A los cinco dias de estar en la prision, el traidor Elizondo mandó que se averiguase quienes éramos oficiales, en qué cuerpos habiamos servido, y con qué graduaciones: dijósenos que se trataba de colocarnos para que diéramos enseñanza á aquellas tropas. Muchos creyeron que en esto se procedia de buena fé, y franquearon sus nombres: formarónnos en partidas cortas, y se mandó á los oficiales que diéramos un paso al frente. Púsose en una mesa un papel para que apuntásemos nuestros nombres. Concluida esta averiguacion, se mandó á los artesanos de la villa viniesen á tomar los prisioneros que gustasen para que les sirviesen en sus talleres: igual orden se dió á las haciendas de Laredo, Sta. Rosa y otras, pues se trataba de hacer gañanes y navorios á nuestros soldados; en breve quedamos solos los oficiales. La orden de separar á estos fué del comandante general Salcedo á Elizondo, á quien estrechó para que los pasase por las armas, condenando á presidio á los simples soldados. Esta orden bárbara fué luego realizada, y segun hago memoria fueron ejecutados Dominguez y Navarro, sargentos de Guanajuato; Acosta, sargento del príncipe; Ortega, id. de S. Luis, y tambien Malo y Mascareñas, alférez de dicho cuerpo. Debíó correr esta terrible suerte el sargento Ocaranza; mas acaso lo dejaron con vida por el miserable estado á que lo redujeron en el acto de la prision. Los oficiales destinados á presidio á poco fueron perdonados y puestos en libertad de resultas de un triunfo de Elizondo en la provincia de Béjar contra el americano Gutierrez, que venia protegido de varios particulares de los Estados-Únidos.

Ved el modo vilipendioso con que aquella bárbara tropa trató á sus hermanos, y cual tal vez no habria usado con unos estrangeros invasores. Estos hechos deben transmitirse á la historia para que no llegue dia en que se dude de su verdad, así como ahora dudan de los de atrocidad que refiere el célebre padre Casas cuando trata de la *destruicion* de las Indias: ¿dónde dejó (preguntará alguno) el general Salcedo aquella probidad, aquella piedad que mostraba en la capilla de ejercitantes de la Profesa de México, cuando pasaba horas enteras en oracion y parecia que iba á arrojarse y subirse hasta el cielo? Ah! que la revolucion descubrió á los hombres y los presentó en el verdadero punto de vista en que debieran contemplarse! Tan cierto es lo que decia Mr. Tomás! Cuando llega el momento de una revolucion todo hombre se coloca en el lugar que debe ocupar. Las sumas de dinero en numerario y efectivo desaparecieron como si se hubiesen echado en agua fuerte, pasando por las manos de estos hombres, por eso han quedado muchos de ellos en estado de pedir, no por la paz y concordia entre gentes cristianas, sino por la guerra y discordia que ha sido hasta el dia la rica mina que han explotado.

El Exmo. Sr. D. Pablo de la Llave, secretario del despacho de justicia y negocios eclesiásticos, llamado el *Botánico*, entre los americanos que dieron honor á su suelo en la antigua España y en sus últimas legislaturas de Madrid, ha descubierto nuevos géneros de plantas que ha dedicado á la memoria de los primeros caudillos de nuestra libertad; yo tengo el honor de publicar las inscripciones que ha puesto á las que consagró á los tres primeros héroes, dicen así:

Michaelo. Hidalgo. et. Costilla. Michoacanensi.

Parrochorum. Ordinis.

Et. veterum; et. ævis. nostræ.

Fortissimorum. virorum. nulli. secundo.

Qui.

Ad. communem. propellendam. servitutum.

Primus. ad. arma. mexicanos. evocavit.

Collectisque. copiis. impetum. fecit.

Ipsè.

Quod. rem. magnificam. divinamque. prorsus.

Et. cogitavit. et. adgressus. est.

Quodque. captus. ab. hostibus. supplicio. que. extinctus.

Libertatis. nostræ. chartam.

Prop. sanguine. obsignavit.

Novum. istud. vegetantium. genus.

Grati. animi. monumentum.

D.

Ignatio. Allende.

Michoacane. edito:

Animi. celsitudine. et. róbore.

Rebus. clarissimè. gestis.

Supplicio. demum.

Hidalgo. socio. et. consortio.

Josefus. Marianus. Abàsolo.

Strènuus. et. humanissimus. vir.

Inter. Michoacanenses. natus.

Hidalgo. et. Allende.

Coollaborator. commendatissimus.

Ob. res. unà cum. illis. gloriosissimè. gestas.

Exilio. damnatus. vinclisque. Detentus.

In. propugnaculo. Sanctæ. Cathalinæ. ad. Gades.

Febri. percursus. è. vivis. excessit.

Cuidaban al cura Hidalgo en su prision un cabo llamado *N. Ortega* y un *D. Melchor Guazpe*, español, *Mayorquin*, que eran los alcaides de aquella cárcel. La víspera antes de morir Hidalgo escribió con un carbon algunas poesías que los españoles cuidaron de borrar prontamente, y solo se pudieron copiar con mucho trabajo las siguientes.

Ortega, tu crianza fina,
Tu índole y estilo amable,

Siempre te harán apreciable

Aun con gente peregrina.

Tiene proteccion Divina

La piedad que has ejercido

Con un pobre desvalido

Que *mañana* va á morir,

Y no puede retribuir

Ningun favor recibido.

Melchor, tu buen corazon

Ha adunado con pericia

Lo que pide la justicia

Y exige la compasion;

.....

.....

Das consuelo al desvalido

En cuanto te es permitido,

Partes el postre con él

Y agradecido *Miguel*

Te da las gracias rendido.

Este es el testamento de Hidalgo marcado con el sello de la gratitud á sus bienhechores. He aquí la contraseña de un hombre *virtuoso*, porque en el diccionario de Ciceron, agradecido y virtuoso eran sinónimos.

Al estampar estas poesías sobre el papel, puedo decir que lo he regado con mis lágrimas, me he revestido de todos los afectos de aquel hombre extraordinario, á quien traté y con quien comí muchas veces en la mesa del cura Labarrieta en Guanajuato cuando era párroco de la villa de S. Felipe. Su índole suavísima, su conversacion amena y erudita, su popularidad y maneras decentes le grangearon allí muchos amigos, comenzando por el intendente Riaño, que lo respetaba como á un sábio; ahora lo contemplo marchando al patíbulo cubierto de vilipendio; y sin embargo, no puedo menos de decir á los españoles lo que Veleyo Paterculo á Marco Ciceron. . . . Nada pudiste cortando aquel cuello divino, órgano por donde resonaron los clamores de la inocencia oprimida y de

la libertad encadenada....La honrosa memoria de Hidalgo en nuestra América será tan duradera como la de Ciceron en Roma. Yo os pregunto, españoles, ¿con la muerte de este caudillo habeis asegurado para siempre la dominacion de esta tierra que usurpásteis? Ciertamente no; de las cenizas mismas de ese cadáver que con grita insana, cohetes, salvas y repiques celebrásteis, van á salir vengadores de su sangre y ultrajes; ella será semilla fecunda que multiplicará los defensores de la independencía. Cortásteis, cierto una cabeza; pero semejante á la Hidra de Lerna, no solo le brotaron siete, sino *setenta veces siete*; dia vendrá en que humillados á los pies de los que ahora perseguís de muerte, les pediréis una hospitalidad....

He aquí la famosa oda que el mayoral de la Arcadia mexicana y sucesor del inmortal padre Fr. Manuel Navarrete ha compuesto.... *al suplicio de los héroes Hidalgo y Allende, víctimas de la libertad mexicana.*

ODA.

Eternidad, sin playas, océano,
A cuyo seno, en rápida corriente,
Camina el criado ser, del mexicano
La fama, honor y gloria juntamente
Sorviste despiadada:
Ya son oscuridad, silencio, nada.
¿Tambien, tambien los héroes sobrehumanos
Cuyo divino aliento y noble empeño
Temblar hizo en el sόlio á los tiranos
Y sacudir el pavoroso sueño,
Bajo eternos candados
Han de ser en tus senos ocultados?
Verdugos detestables, ¿tantos signos
De divina grandeza en esas frentes
Que érais vosotros de mirar indignos,
Como inmóbles no tornan é impotentes
Los brazos homicidas
Robustos solo á crímenes y heridas?

Parten los golpes retemblando el suelo:
Vuela en ellos la muerte: ¿fiera pena
Para el Anáhuac, sempiterno duelo!
Ruedan los cuerpos só abrasada arena:

La vida un tanto lucha;
Cede al fin, y dó quier, un *ay!* se escucha.

¿Almas ilustres, generosas almas,
Sombras ya yertas, venerandos manes!
¿Dó huís dejando victoriosas palmas
Y á vuestra pátria entré rabiosos canes?

Parad, parad un tanto;
Quizá pudiera nuestro ardiente llanto.

Quizá abrazados de los cuerpos caros
Y boca á boca nuestro mismo aliento
Procurando infundir.... quizá tornaros
A la vida.... tal vez el almo intento

Al cielo conmoviera
Y el averno sus presas devolviera.

Hidalgo, Hidalgo, valeroso Allende....

¿Demente imaginar, ilusion vana!
Nadie de ellos responde, nadie entiende,
Echó sobre sus lábios Parca ufana

Con mano detestable,
El sello del silencio imperturbable.

Jamas, ¡oh! nunca el pecho mexicano
Treguas dará al dolor. El caso horrendo
La memoria olvidar quisiera en vano;
Fija siempre estará, por siempre viendo

De la sangre hervidora
El lago que á la tierra descolera.

Aquel vago tornar trémulos ojos;
De los troncos la ruina estrepitosa;
Convulsiones de míseros despojos;
Vida entre y muerte: lucha congojosa;